

Apuntes de metafísica: Platón

Introducción

Platón nació en Atenas, aproximadamente en el año 428 *a. de C.*, en el seno de una ilustre familia. Era una época de gran florecimiento cultural, pero también muy convulsa desde el punto de vista político, lo que determinó, en gran parte, la evolución de su pensamiento.

Siendo Platón muy joven (unos 23 años, aproximadamente), hubo una revolución en Atenas contra el régimen democrático que terminó con la caída de éste y la instauración de un cruel régimen oligárquico conocido como la Tiranía de los 30. Algunos de los cabecillas del nuevo régimen invitaron a Platón a participar en el nuevo gobierno de la ciudad. Platón no era un ferviente partidario de la democracia y pensó que era la oportunidad para instaurar un régimen más justo en Atenas, de modo que aceptó. El propio Platón nos cuenta así su propia experiencia:

La reacción mía no es de extrañar, dada mi juventud; yo pensé que ellos iban a gobernar la ciudad sacándola de un régimen de vida injusto y llevándola a un orden mejor, de suerte que les dediqué mi más apasionada atención, a ver lo que conseguían. Y vi que en poco tiempo, hicieron parecer bueno como una edad de oro el anterior régimen. (Platón: Carta VII)

Tan violento e injusto fue la nueva tiranía que hizo “parecer bueno como una edad de oro el anterior régimen”. Entre las injusticias cometidas por estos tiranos, Platón recordará especialmente cómo trataron de implicar a Sócrates en sus crímenes. El joven Platón había conocido a Sócrates siendo ésta ya un anciano (debía tener unos 61 años), y tan gran impacto causó en él, que llegó a considerarlo “el más justo de los hombres de su tiempo” (Carta VII). De hecho, en aquella ocasión mandaron a Sócrates a prender a un ciudadano para ejecutarlo. Sócrates se negó a hacerlo, a pesar de que tal negativa podía costarle la vida. Esta fue la primera gran decepción de Platón con la política.

El régimen tiránico de los treinta no duró mucho y volvió a instaurarse la democracia, a manos de Trasíbulo. Pero con la democracia no vino la justicia:

Dio también la casualidad de que algunos de los que estaban en el poder llevaron a los tribunales a mi amigo Sócrates, a quien acabo de referirme, bajo la acusación más inicua y que menos le cuadraba: en efecto, unos acusaron de impiedad y otros condenaron y ejecutaron al hombre que un día no consintió en ser cómplice del ilícito arresto de un partidario de los entonces proscritos, en ocasión en que ellos padecían las adversidades del destierro. (Platón; Carta VII).

En el 399 *a. de C.* murió Sócrates tras ser condenado a beber la cicuta. Tuvo la ocasión de escapar, pero incluso en sus últimos momentos se mantuvo tan fiel a su idea de justicia como cuando arriesgó la vida por uno de los partidarios de los que ahora le mataban. Este ejemplo de virtud quedó grabado para toda su vida en la mente de su joven discípulo.

La muerte de Sócrates decepcionó profundamente a Platón que, aunque nunca dejó de reflexionar sobre la política, se convenció de que “todos los Estados actuales [...] están, sin excepción, mal gobernados” (Carta VII). Pero, si todos los Estados actuales están, *sin excepción*, mal gobernados, ¿qué puede servirnos de guía hacia el gobierno justo? Esta

cuestión fue objeto de innumerables debates entre Sócrates y sus enemigos intelectuales, los llamados 'sofistas'. Éstos eran 'maestros de virtud' que cobraban a sus discípulos por transmitirles los conocimientos que les harían triunfar en la sociedad ateniense. Protágoras, probablemente el más conocido de los sofistas, respondería a la pregunta planteada que la justicia absoluta no existe, que lo justo es lo que los hombres, en cada tiempo y en cada estado, consideran justo, de modo que la única guía de la que disponemos son las opiniones de los hombres acerca de la justicia. Sócrates no aceptaba esta respuesta relativista. Pensaba que la única guía hacia el gobierno justo era saber qué es la justicia. La pregunta que debemos hacernos entonces es, ¿qué es la justicia? Y la respuesta será una definición de justicia, que ha de ser necesariamente abstracta, pues no puede hacer referencia a situaciones concretas, sino limitarse a señalar los rasgos que comparten todas las acciones justas, se lleven a cabo donde se lleven a cabo y las juzgue quien las juzgue. Para Sócrates, entonces, el gobierno justo presupone un tipo de conocimiento que va más allá del conocimiento de casos particulares. Se trata de un conocimiento universal, de carácter conceptual. En cuanto Sócrates se dio cuenta de que era necesario el conocimiento de lo que es la justicia para poder ser justos, se dio cuenta también de que él mismo no tenía ese conocimiento. Otros, sin embargo, decían tenerlo y Sócrates se dedicó a interrogarles, descubriendo que no sólo no podían dar una definición abstracta de justicia sin hacer referencia a casos particulares (como si para definir qué es un círculo, sólo pudiéramos señalar círculos), sino que ni siquiera eran conscientes de su ignorancia, lo que les convertía en doblemente ignorantes. Este afán inquisidor de Sócrates, por cierto, tuvo bastante que ver con las malquerencias que finalmente le llevaron a la tumba

Platón estaba de acuerdo con esta revolucionaria idea de Sócrates. En efecto, si todos los gobiernos actuales son injustos, entonces ninguno de ellos nos sirve como ejemplo a seguir. Y sin embargo, si somos capaces de darnos cuenta de las injusticias actuales, es porque, de alguna manera, sabemos qué es la justicia, aunque todavía no podamos dar una definición. Este conocimiento de lo que sea la justicia, en consecuencia, no procede de la realidad concreta en la que vivimos los humanos, en la que la justicia y la injusticia son inseparables e indistinguibles, sino que procede de otro lugar. Averiguar cómo somos capaces de concebir la justicia en un mundo injusto y determinar de dónde proviene ese conocimiento fue el objetivo de la filosofía de Platón:

Me vi obligado a reconocer, en alabanza de la verdadera filosofía, que de ella depende el obtener una visión perfecta y total de lo que es justo, tanto en el terreno político como en el privado, y que no cesará en sus males el género humano hasta que los que son recta y verdaderamente filósofos ocupen los cargos públicos, o bien los que ejercen el poder en los Estados lleguen, por especial favor divino, a ser filósofos en el auténtico sentido de la palabra. (Carta VII)

La corte de un tirano no es el sitio más seguro para instalarse a vivir si uno piensa que todos los gobiernos son injustos y que lo seguirán siendo a menos que los filósofos ocupen el poder, o que los poderosos, *por especial favor divino*, se vuelvan filósofos. Pues fue precisamente en la corte del tirano de Siracusa, Dionisio I, donde se instaló a vivir Platón cuando tenía unos 40 años, invitado por su amigo Dión, a la sazón cuñado del tirano. Al parecer Platón no ahorró las críticas al tirano, que acabó encargando que vendieran al filósofo como esclavo. Así se hizo, y a punto estuvo de morir Platón, cuando fue rescatado por un tal Aníceris, que lo devolvió a Atenas sano, salvo, y libre.

De vuelta a Atenas, Platón fundó la Academia, que se convirtió en un importantísimo centro cultural, parecido a las actuales universidades. Allí no sólo se estudiaba la filosofía de Platón, sino también otras ciencias que Platón consideraba auxiliares a la filosofía, como la matemática, la astronomía, la física, armonía, etc. El objetivo final de la Academia no era formar técnicos, sino políticos. Como hemos visto, si el político ha de ser justo, entonces ha de conocer lo que sea la justicia, es decir, ha de estar en posesión de un determinado conocimiento conceptual. Un político justo, con consecuencia, es aquél que está en posesión de un determinado conocimiento. Era precisamente este conocimiento el que se trataba de alcanzar en la Academia.

En el 369 a. de C. murió el Tirano de Siracusa Dionisio I, lo que aprovechó Dión para volver a invitar a Platón a la corte con el objetivo de que se ocupara de la educación de Dionisio II (a rey muerto, rey puesto), que entonces tenía 30 años de edad y que heredaría el poder. Parece claro que el bueno de Dión estaba de acuerdo con Platón en que el buen gobernante debía alcanzar determinado tipo de sabiduría, y no perdía ocasión para solicitar *el especial favor divino* de que el tirano de turno se ocupara de asuntos filosóficos. Platón volvió a aceptar, y se impuso la dramática tarea de enseñar geometría al joven tirano. Para Platón, la geometría, junto con otras disciplinas matemáticas, era un paso esencial para alcanzar el conocimiento que se busca. La explicación de esto es sencilla. Los sentidos no nos ofrecen ningún ejemplo de justicia pura, de modo que no podemos basarnos en las sociedades actuales como modelo. El modelo que buscamos es un modelo conceptual, puro, que sólo puede alcanzarse a través de la razón. Esto no puede conseguirse directamente, sino que es necesario 'despertar' de algún modo a la inteligencia, que se encuentra como dormida. La función de las matemáticas sería despertar a la inteligencia y obligarla a dirigir su atención hacia un mundo de conceptos puros, no mezclados con imágenes sensibles. El matemático aprende a no basar sus conclusiones en lo que ve, sino a demostrarlas racionalmente a partir de conceptos puros. Acostumbrado al pensamiento puro, sin imágenes, el hombre de Estado estará más cerca de comprender qué es la justicia en sí misma.

Durante este tiempo fue el propio Dión el que tuvo problemas con Dionisio II, de modo que tuvo que partir de Siracusa. Platón, escarmentado por anteriores experiencias, decidió volver a Atenas y seguir enseñando a Dionisio II por correspondencia. Por fin, en el año 361 a. de C., con 67 años en sus anchas espaldas, Platón decide volver a Siracusa, animado por el creciente interés del tirano en continuar sus estudios filosóficos. Pero la relación entre Dión y Dionisio II estaba muy deteriorada, y a pesar de los intentos de Platón para reconciliarlos, Dionisio II acabó requisando la fortuna de Dión y éste tuvo que huir. También huyó Platón, que no deseaba comprobar hasta qué punto la enemistad de Dión con el tirano le podía afectar. Dión consiguió hacerse con el poder de Siracusa en el año 358 a. de C., lo que probablemente ilusionaría a Platón, pues se daba la condición de que alguien interesado en la filosofía y que había intentado hacer filósofos a dos tiranos, ocupara el poder. Pero la dicha es efímera, y a Dión le duró apenas 4 años. Lo mataron en el 353 a. de C., y Platón vio desvanecerse de nuevo su ideal de un filósofo-rey.

La propia evolución intelectual de Platón no fue ajena a sus sucesivas decepciones. Aunque Platón expuso sus ideas en la Academia, no conservamos el contenido de sus lecciones. Sin embargo sí tenemos una gran cantidad de textos que dedicó al público en general. Se trata de diálogos en los que suele presentar a su viejo maestro Sócrates debatiendo con políticos, artistas, sofistas, etc. En los primeros diálogos, escritos en su juventud y con la muerte de Sócrates reciente, Platón parece limitarse a retratar de manera

más o menos fiel, el pensamiento de su maestro. En esta primera época los diálogos no suelen tener una conclusión. Sócrates se dedica a poner de manifiesto la ignorancia de sus interlocutores sin alcanzar ninguna definición del concepto planteado.

A medida que el pensamiento de Platón va madurando, el personaje de Sócrates deja de retratar al Sócrates histórico y se convierte en la voz del propio Platón. En su época de madurez se va desarrollando lo que ha venido a conocerse como Teoría de las Ideas. En los últimos diálogos, escritos en su vejez, Platón adquiere un tono más autocrítico y, en algunos, el propio personaje de Sócrates se ve en graves apuros para defender sus teorías de serias críticas.

Platón murió alrededor del año 348 con unos 80 años, que en la época era una edad nada desdeñable. La Academia continuó su actividad centrándose sobre todo en los estudios matemáticos y derivando, con el tiempo, en un escepticismo. Pero cuando Platón murió ya hacía unos 40 años que un alumno aventajado, Aristóteles, había fundado el Liceo, donde expuso sus propias teorías, críticas con las doctrinas que enseñaba su antiguo maestro en la Academia. No debe pensarse, sin embargo, que Platón fue un filósofo dogmático. Al contrario, siempre estuvo revisando su pensamiento y jamás dejó de ser autocrítico, como muestran sus últimos diálogos. Aquí, sin embargo, no podemos sino presentar una imagen fija y bastante simplificada de su filosofía, pero queda dicho que esto no es sino una caricatura del original, que ha de buscarse en los textos de Platón.

Influencias en el pensamiento de Platón

Antes de exponer de un modo sistemático la teoría de las Ideas, conviene analizar, aunque sea brevemente, las influencias que recibe de otros filósofos. Para que la exposición fuese completa, habría que hacer referencia a los llamados filósofos presocráticos, a los sofistas y a Sócrates, pero aquí nos limitaremos a señalar la influencia que recibe de éste último, de Heráclito y de Parménides.

Influencia de Sócrates: búsqueda de definiciones universales y la mayéutica

Ya hemos avanzado algunas ideas acerca de la influencia de Sócrates en Platón. Aquí retomaremos lo dicho y lo ampliaremos. Podemos sintetizar la aportación socrática en los siguientes puntos:

- a) **El conocimiento como búsqueda de una definición universal.** La esencia de las cosas no se da en los casos concretos, sino que para obtener un conocimiento de las mismas es necesario alcanzar un concepto, una definición, que incluya los rasgos comunes a todas. Saber que Patricia Conde es bella no es saber qué es la belleza. Saber que castigar al asesino es justo no es saber qué es la justicia. Debemos encontrar un concepto abstracto de Belleza o Justicia que nos permita decidir, en cada caso, sin ambigüedad.
- b) **La mayéutica como método.** Esa búsqueda de una definición universal debe realizarse a través del diálogo orientado no a la persuasión del contrario, sino a la búsqueda honesta del conocimiento. Al parecer, la palabra 'mayéutica' hace referencia al arte de las parteras, que dan auxilio a las mujeres parturientas. En el diálogo *El Banquete*, el personaje de Sócrates ironiza con este concepto comparando el alma de los hombres con mujeres que dan a luz. Él se identifica con la partera (matrona), que a través de sus preguntas ayuda a que el alma embarazada de ideas del interlocutor, dé a luz. Sócrates suele comenzar este proceso solicitando una definición a su interlocutor. Una vez establecida ésta, Sócrates va dirigiendo sus

preguntas de modo que el interlocutor acaba contradiciéndose y se ve obligado a dar una definición mejor. Este proceso debería continuar, hipotéticamente, hasta que se encuentre una definición que sea imposible derrumbar. Platón desarrolla este método, que es la esencia de lo que él llamará 'dialéctica'.

Influencia de Heráclito: el devenir

Probablemente Platón conoció las doctrinas de Heráclito a través del filósofo heraclíteo Crátilo. Platón admitirá con Heráclito que en el mundo sensible no hay nada estable, sino que todo es móvil, todo se encuentra en un continuo devenir. No hay en el mundo de los sentidos nada estable.

Pensamos que si algo es verdadero, lo es siempre. No tendría sentido decir que lo que hoy es verdad puede no serlo mañana. Pero si en el mundo sensible no hay nada duradero, entonces no es posible encontrar ninguna verdad acerca del mismo. Platón tomará la doctrina del devenir de Heráclito para argumentar que el mundo sensible no puede ser el origen del conocimiento. En el mundo sensible el ser está confundido con el no ser, lo que es justo hoy puede no serlo mañana.

Probablemente Heráclito no estaría de acuerdo con la interpretación que hace Platón de sus doctrinas, pues aquél añadía, como sabemos, la idea de que bajo los contrarios hay una armonía, un *logos* que unifica la realidad. Sin embargo basta aquí decir que Platón toma de Heráclito la idea de devenir y la asocia al mundo sensible.

La influencia de Heráclito, junto con la de Sócrates, nos dan una idea de la dirección que tomará la filosofía de Platón. Por una parte, a partir de los sentidos no podemos obtener un conocimiento verdadero, pues sólo nos dan acceso a una realidad inestable, cambiante y confusa. A eso se añade que, siguiendo a Sócrates, sólo tenemos conocimiento de las cosas cuando estamos en posesión del concepto que las define. Pero los conceptos no son algo sensible, no los observamos a través de los sentidos, sino que los *concebimos* a través de la razón. Por lo tanto la filosofía Platónica se orientará hacia lo racional, dando, de alguna forma, la espalda a lo sensible.

Influencia de Parménides: los rasgos del ser

El hecho de que saber qué sea una mesa dependa de que estemos en posesión del concepto de mesa, no implica que el concepto de mesa exista como algo independiente, y mucho menos, que exista con una realidad superior a la mesa que observo mediante los sentidos. Los conceptos podrían ser simples simplificaciones que hacemos de la realidad para poder comprenderla.

Pero Platón conocía la filosofía de Parménides. Según éste sólo es real lo que es pensable, por lo tanto, todo lo que entrañe contradicción no puede ser real. Resulta que el concepto de no-ser (nada) no es pensable. Esto es así porque cuando pienso, pienso en algo; pero si pienso en la nada, entonces, o bien estoy pensando en algo, lo que es contradictorio, porque la nada no es algo, o bien no estoy pensando, lo que también es contradictorio, porque he partido del supuesto de que *pienso* en la nada o el no-ser. Parménides se basa en esto para negar la realidad del mundo sensible, que está sometido al cambio. La razón es que si el cambio supone el no-ser, entonces es impensable, y si es impensable, no es real. El Ser, entonces, sólo puede ser captado por el pensamiento, como aquello que es eterno, inmóvil, infinito, etc.

Platón acepta los rasgos del ser de Parménides, pero no se limita a negar sin más el mundo sensible. El mundo sensible, con su movimiento, mezcla y confusión, no puede ser la auténtica realidad. Esa realidad hay que buscarlo en otro ámbito, y ese ámbito será el de los conceptos. Si tengo la definición de belleza, aunque las cosas sensibles cambien y dejen de ser bellas, el devenir no afectará a la propia esencia de la belleza. Eso significa que el concepto o Idea de Belleza es eterno, como el Ser de Parménides. De ahí extraemos la conclusión de que la Idea de Belleza es más real que las cosas bellas porque se aproxima más a los rasgos del Ser de Parménides. En consecuencia, los conceptos no son meras ficciones intelectuales, sino que expresan la verdadera realidad de las cosas, y por lo tanto son más reales que ellas. Las ideas no dependen de las cosas, sino que son las cosas las que dependen de las ideas.

La teoría de las ideas

Según la teoría de las Ideas de Platón, el mundo de los sentidos es una mera apariencia. No es la verdadera realidad, sino una imagen de la misma. Su carácter cambiante, confuso y contradictorio es lo que nos impide considerarlo la verdadera realidad. Sin embargo, no es la nada. Ese mundo existe, pero su existencia es una existencia dependiente. Mi imagen en el espejo no tiene una existencia autónoma. De alguna forma lo que la hace ser no está en ella, sino en mí, que soy el original del que ella sólo es una apariencia. Del mismo modo, las cosas en el mundo sensible no existen de forma independiente, sino que dependen de otra realidad superior que les da su ser.

La realidad superior de la que depende el mundo de los sentidos (mundo sensible) ya no puede captarse mediante estos mismos sentidos. Lo que hace que un perro sea un perro o que un hombre sea un hombre, es la esencia común 'perro' u 'hombre' (aunque en algunos casos se den confundidas en el mismo individuo). Pero cuando veo un perro o un hombre, no veo la esencia de hombre ni del perro. Las esencias no son objetos visibles, sino que las captamos mediante la inteligencia, por lo que podemos llamarlas objetos inteligibles.

Tenemos, pues, dos realidades claramente diferenciadas, a saber, el mundo sensible y el mundo inteligible. El mundo sensible es el mundo de los sentidos, y está formado por individuos concretos. El mundo inteligible, por su parte, es el mundo que percibimos a través de la razón y está formado por ideas. Éstas ideas son la auténtica realidad y no están sometidas al devenir.

Podemos comprobar, además, que los objetos del mundo sensible nunca se ajustan perfectamente a sus esencias. Por ejemplo, aunque busquemos mucho, nunca encontraremos al ser humano perfecto. Nuestra humanidad está mezclada con otros rasgos más o menos brutales, propios de nuestra naturaleza corporal. Así, aunque somos humanos, no lo somos de forma perfecta. Esa humanidad es para nosotros una meta, un modelo a imitar. Pero el resto de objetos del mundo sensible están en la misma situación respecto a sus esencias. Las cosas, de alguna forma, tratan de imitar al modelo ideal de la forma más completa.

Podemos considerar también el ejemplo de la belleza. A través de los sentidos, percibimos la belleza *en* las cosas. Pero la belleza misma no se da *en* las cosas de forma perfecta, de modo que según la perspectiva que adoptemos, la misma cosa puede parecernos bella o no. La belleza *en* las cosas, no es la belleza *en sí*, sino un reflejo de la misma, el modelo ideal al que imitan imperfectamente las cosas bellas. Para contemplar la belleza *en sí*

debemos abandonar el mundo de los sentidos y dirigir nuestra razón al mundo inteligible de las ideas.

Como vimos en la introducción, esta teoría de las ideas tiene una clara intención política. Ningún gobierno actual encarna perfectamente la idea de justicia, sino que se limita a imitarla de forma más o menos perfecta. La justicia de un Estado depende de la perfección con la que imite o participe de la idea de justicia. Evidentemente el conocimiento de la idea de justicia hará que el político, a modo de arquitecto, organice la sociedad de la forma más fiel a dicha idea. Si el gobierno es asumido por ignorantes que confundirán la justicia en sí con sus reflejos, no podrán gobernar según el bien general, sino sólo según lo que a ellos *les parece* que es el bien.

Símil de la línea

Al final del libro VI de *La República* el propio Platón da una visión esquemática de su concepción de la realidad, basada en la teoría de las ideas. En este esquema, se relaciona la teoría acerca de la realidad (ontología) con la teoría del conocimiento (epistemología). Dado que el mundo sensible y el mundo inteligible son distintos, la forma en la que conocemos uno y otro también lo será. En efecto, el mundo sensible nos es dado a través de los sentidos, y a este tipo de conocimiento Platón lo llama Opinión (Doxa). Por su parte, el mundo inteligible lo captamos a través de la razón, y a este tipo de conocimiento Platón lo llama Ciencia (episteme). La opinión no es considerada conocimiento científico porque, al igual que el mundo de los sentidos, es cambiante e imperfecta. A través de los sentidos no captamos la verdadera realidad, que son las ideas, por lo tanto, a través de los sentidos no podemos obtener ciencia, sino tan sólo opiniones particulares. El conocimiento basado en la razón es capaz de captar la verdadera realidad, no una apariencia, por lo que es un conocimiento objetivo y científico.

Como describe Platón en el símil de la línea, tanto el mundo sensible como el inteligible están, a su vez, divididos. La parte inferior del mundo sensible, la más lejana a la verdadera realidad, está constituida por imágenes y sombras. En efecto, en el mundo de los sentidos observamos que los cuerpos son más reales que sus imágenes o sus sombras, aunque ambos sean igualmente sensibles. Las imágenes son inferiores a los cuerpos porque dependen de ellos. Por ello, el tipo de conocimiento que tenemos de las imágenes es también el peor conocimiento, el más subjetivo y alejado del conocimiento científico: la imaginación.

La parte superior del mundo sensible está formada por los cuerpos físicos. De ellos podemos tener creencias, que son un tipo de opiniones superior a la mera imaginación simplemente porque se basan en un tipo de realidad superior a las imágenes. Sin embargo, los cuerpos físicos no son la verdadera realidad, por lo tanto nuestra opinión de ellos no será objetiva.

Todos los cuerpos sensibles tienen en común unas formas geométricas. Pero estas formas geométricas no son ya cuerpos, sino que pertenecen a un tipo de realidad distinto del mundo sensible: el mundo inteligible. Sin embargo, dentro del mundo inteligible, los objetos matemáticos ocupan un lugar inferior al de las propias ideas. Acerca de las matemáticas ya no cabe opinar, sino que podemos alcanzar algún tipo de conocimiento, que Platón llama Pensamiento discursivo (dianoia). Sin embargo, como hay una realidad superior a la de las matemáticas, también hay un conocimiento superior al de las matemáticas.

La realidad superior del mundo inteligible está formada por las ideas, que son las esencias, eternas, inmutables e inmóviles de las cosas. Esas esencias sí pueden ser conocidas con objetividad porque son la realidad verdaderamente objetiva, de la que dependen todas las demás. El tipo de conocimiento que tenemos de las ideas es la Inteligencia, o noesis. Tanto las matemáticas como la noesis son conocimiento científico, porque no se ocupan del mundo sensible, sino del inteligible. Pero la noesis es un conocimiento superior a las matemáticas porque se ocupa de una realidad superior.

Pero las ideas, a su vez, están organizadas jerárquicamente, de modo que podemos ir avanzando hasta encontrar la idea más general, aquella de la que proceden todas las demás y que podríamos equiparar al Ser de Parménides. Ésta es la idea de bien y su contemplación sería el objetivo último de la filosofía.

El mito de la caverna

Platón tenía una opinión bastante severa acerca de los mitos. Pensaba que estas historias tienen un gran poder persuasivo y que seducen con facilidad al ignorante, con el peligro de apartarle todavía más del camino del verdadero conocimiento, basado en la razón. Sin embargo, si ese poder persuasivo se orienta hacia la verdad, pueden ser una buena ayuda para la ciencia, aunque el verdadero filósofo deberá prescindir de ellos y ocuparse únicamente de conceptos abstractos. Digamos que los mitos tienen en Platón un valor didáctico, y de hecho los usa con frecuencia en sus diálogos que, no olvidemos, no estaban dirigidos a un público especializado.

Tal vez el uno de los mitos más famosos que usa Platón para ilustrar sus ideas es el mito de la caverna, que desarrolla a lo largo del libro VII de *La república*. Establecida la diferencia entre el mundo sensible y el mundo inteligible, y la prioridad ontológica y epistemológica de lo inteligible sobre lo sensible¹, a Platón le queda explicar:

1. Cómo superamos el conocimiento sensible para iniciarnos en el conocimiento de las ideas.
2. Cómo se relaciona eso con la finalidad política de la teoría de las ideas.

Son estas dos cuestiones difíciles, por lo que evitaremos exponerlas con detalle y nos limitaremos a seguir el ejemplo platónico ilustrando el problema con su propio mito.

A través del personaje de Sócrates, nos pide Platón que imaginemos a unos hombres en una caverna, atados de cara a la pared. Estos hombres no pueden moverse ni girar la cabeza, sólo ver lo que tienen ante los ojos y conversar entre sí. Delante de ellos se desarrolla un extraño espectáculo: una serie de sombras con las más diversas formas se agitan, pasan, vienen, van... Los prisioneros no han visto otra cosa en su vida, de modo que, ingenuos, creen que esa es la única realidad. La ingenuidad de algunos de estos hombres será tal que se considerarán sabios simplemente porque la costumbre y quizás una buena memoria, los ha vuelto expertos en esas sombras, hasta el punto de que incluso puedan predecir su comportamiento. Tal vez estos hombres sean honrados por sus compañeros como auténticos sabios, pero su sabiduría es sólo imaginaria, pues sólo saben de sombras, ignoran completamente la verdadera realidad. A través del personaje de Sócrates, Platón nos sugiere

¹ *Prioridad ontológica de lo inteligible sobre lo sensible*: que es superior desde el punto de vista del ser, es decir, lo inteligible es la verdadera realidad y lo sensible depende de ésta.

Prioridad epistemológica de lo inteligible sobre lo sensible: Que desde el punto de vista del conocimiento, el conocimiento inteligible o racional (episteme) es superior a la opinión o conocimiento sensible (Doxa).

que ésa es, exactamente, la situación en la que nos encontramos la mayoría de los mortales; absortos en la contemplación de imágenes sensibles, ignorantes que creemos que cuanto podemos ver es la auténtica realidad. Este punto coincidiría, en el símil de la línea, con el tipo de opinión que Platón llama 'imaginación' y que es el conocimiento más falso que podemos tener porque trata sobre la realidad más falsa: la de las imágenes. ¿Pero es la imagen de una mesa que forma mi sistema nervioso en mi cerebro, a través de la estimulación de los nervios ópticos, *una mesa*? Lo que yo veo es una imagen de la mesa, y esa imagen es subjetiva porque está sólo en mi cerebro, y en el de nadie más. La mesa física está ahí fuera, el objeto físico sólo me ofrece una cara, por lo que sólo percibo una imagen. El resto... lo imagino. Debe, pues, haber una manera superior a la imaginación para conocer, que se ocupe de la mesa física, no de la imagen que nos formamos de ella. Pero alcanzar esta nueva forma de conocer supone toda una revolución en nuestra actitud hacia el mundo.

Este el momento más traumático del proceso educativo que se inicia en la caverna. Sócrates, continuando su relato, nos pide que imaginemos que desatamos a uno de estos prisioneros y le *obligamos* a mirar lo que hay detrás. Es importante darse cuenta del carácter coactivo del proceso. Estos prisioneros estarán agarrotados y cualquier movimiento les resultará doloroso. Más aún si se les obliga a mirar directamente a la luz que era responsable de las sombras, a las que estaba acostumbrado. Efectivamente, al volverse, el prisionero comprobará que había una realidad que *no podría haber imaginado*. Resulta que las sombras, *en realidad* proceden de unos monigotes que otros hombres (más vale que no nos interese demasiado por éstos) portaban sobre sus cabezas frente a una hoguera, de forma que proyectaran las sombras que él había considerado la única realidad. No comprenderá esto instantáneamente, claro, porque en cuanto se vuelva será cegado *por la luz*. En Platón la luz es un símbolo de *inteligibilidad* o, lo que es lo mismo, de proximidad a la verdadera realidad. Pero la luz sólo ilumina al que está acostumbrado a ella. A quien procede de la oscuridad, le deja ciego. No deja de ser paradójico que el primer paso hacia el conocimiento, produzca ceguera... en cuanto nos sacan de nuestras queridas imágenes, no entendemos nada. Hasta que nos habituamos.

De momento todavía estamos en el interior de la caverna, es decir, todavía no nos hemos iniciado en la contemplación de la verdadera realidad. El interior de la caverna, en el mito de Platón, simboliza el mundo sensible, de modo que hasta que el prisionero no salga al exterior, no habrá alcanzado el mundo inteligible. Sin embargo la situación del prisionero liberado ha mejorado respecto a la de sus antiguos compañeros. Él todavía no conoce la verdadera realidad, porque está en el interior de la caverna todavía, pero sabe algo que antes no sabía: *que no sabe*. En este momento se encuentra en lo que, en el símil de la línea, hemos denominado creencias, pues ya no contempla imágenes de objetos sensibles, sino los objetos sensibles mismos. Este conocimiento sería semejante al del físico, que trata de conocer los objetos físicos, pero que comprueba que, una y otra vez, éstos objetos se resisten a ser conocidos completamente. Esto es así porque su naturaleza no es completamente inteligible, sino sensible, y por lo tanto cambiante y, en el fondo, incognoscible.

Una vez nuestro discípulo se ha acostumbrado a la luz de ese falso sol que es el fuego, debemos obligarle a seguir subiendo, de modo que le hacemos salir de la caverna. Ahora se enfrenta a la luz del sol verdadero que, por supuesto, todavía no es capaz de ver directamente. De momento tiene que conformarse con ver las sombras de los árboles, y las imágenes reflejadas en el agua. En la metáfora platónica esto equivale a las matemáticas. En efecto, en las matemáticas todavía no contemplamos las ideas mismas, pero ya se acostumbra la vista a la luz de la razón. Habituada la vista a la nueva situación, podrá el

antiguo prisionero, que cada vez es más libre, dirigir su mirada a los árboles y demás objetos directamente, aunque todavía no podrá mirar al sol, que lo ilumina todo. Este es el momento correspondiente a lo que en el símil de la línea hemos llamado *noesis* o, también, *dialéctica*. Ahora el Discípulo podrá alzar poco a poco a la vista hasta que al final contemple la luz del sol directamente. En este momento habrá llegado a contemplar la realidad suprema, pues el sol hace que todo lo demás crezca y además lo ilumina todo. Es la fuente del ser y del conocimiento. Aquél que estaba esclavizado por el mundo sensible, ahora es libre, pues contempla la verdadera realidad. Pero esta contemplación de la idea de Bien –el Sol– no es inocua: el que contempla la Idea de Bien, se vuelve *bueno*.

Ha terminado la educación de este hombre, que ahora es sabio. ¿Debemos dejarlo contemplando feliz la Idea de Bien? No, dice Platón. Es el momento de *obligarle* a volver a la caverna. ¿Por qué? Porque ahora él está en posesión del conocimiento que es necesario para organizar la sociedad. Los hombres, en la caverna, se guían por imágenes, y de esa forma su vida es una continua lucha, porque las imaginaciones de unos, contradicen a las de los otros. La única forma de organizar una sociedad justa, pacífica y estable es basarse en la idea de Bien, objetiva y universal. Por eso, el filósofo que ha contemplado esta idea, tiene la obligación moral de dirigir a sus viejos compañeros hacia ella. Platón es consciente de lo que le está pidiendo al filósofo, pues prevé que al bajar no será recibido, precisamente, como un héroe. De momento, acostumbrado a la luz, la nueva oscuridad le resultará infinitamente más oscura que a sus compañeros. Se mostrará torpe ante los ignorantes en los asuntos propios de los ignorantes, lo que será motivo de escarnio y burla. Algunos, incluso, dudarán de sus buenas intenciones, pues no comprendiendo sus palabras pensarán que ha enloquecido y que quiere hacerles enloquecer a ellos. Peligra su vida, como peligró la de Sócrates, la del bueno de Díón, la del mismo Platón, y la de tantos hombres que, habiendo comprendido la verdad, han deseado compartirla con el resto de seres humanos.

El dualismo antropológico

Se suele decir que la concepción que tiene Platón de la realidad es *dualista* porque distingue *dos realidades* irreductibles: el mundo sensible y el mundo inteligible. Aunque en Platón el mundo sensible dependa ontológica y epistemológicamente del inteligible, no dejan de ser dos ámbitos irreconciliables.

El dualismo de la concepción platónica de la realidad, se hará notar también en su antropología, que es la reflexión acerca de la naturaleza del ser humano y el lugar que éste ocupa en la realidad.

Si en la realidad podemos distinguir un mundo sensible de otro inteligible, también en el ser humano podremos distinguir un elemento sensible de otro elemento inteligible. El elemento sensible será el cuerpo y el inteligible el alma.

En el hombre, pues, se da también una doble realidad: el cuerpo y el alma. El cuerpo pertenece al mundo sensible y por lo tanto está sometido al cambio y al devenir. Al cuerpo pertenecen los sentidos, y es el responsable de nuestro conocimiento empírico o sensible. Este conocimiento, dijimos antes, no es científico, porque depende de nuestra propia constitución corporal, que es cambiante e imperfecta, como el mundo sensible mismo. Si el hombre sólo fuera cuerpo, aquí terminaría todo. Sin embargo somos capaces de alcanzar cierto conocimiento que no es sensible, sino intelectual. Esto ocurre, por ejemplo, cuando comprendemos un concepto matemático abstracto.

Un concepto matemático no es algo sensible. El número 5 no es un objeto material. Si podemos ver *cinco* cosas, es porque estamos aplicando el concepto de 5, pero él mismo no es una cosa. Las verdades matemáticas, además, son eternas. Aunque el mundo no hubiera existido nunca, siempre sería verdad que $2+2=4$. En consecuencia, podemos decir que en las matemáticas estamos accediendo a un ámbito de la realidad que no es sensible ni material y que no está sometido al devenir.

Si el cuerpo puede percibir la realidad corpórea porque él mismo es corporal, ¿con qué podremos percibir la realidad incorpórea y atemporal de las matemáticas, o de las ideas abstractas? Evidentemente no con el cuerpo, pues no son realidades accesibles a los sentidos. Estas realidades son percibidas, en consecuencia, con el alma, que es el elemento inteligible del ser humano porque es afín a la realidad que es capaz de conocer: el mundo inteligible.

Así el cuerpo pertenece al mundo sensible y el alma al mundo inteligible, de forma que el conocimiento sensible basado en nuestros sentidos corporales es inferior porque se ocupa del mundo sensible, mientras que el verdadero conocimiento científico, racional, ha de basarse en la capacidad del alma para percibir el mundo inteligible.

Puesto que el alma está 'emparentada' con las ideas, gozará de las mismas características que éstas y por lo tanto no estará sometida al devenir; será, pues, inmortal. La muerte, en realidad, sería para el alma una liberación de las *cadena*s que la atan al mundo sensible a través del cuerpo. La verdadera vocación del alma es alcanzar el conocimiento de las ideas, pero al estar mezclada con lo corporal, este conocimiento no es completo. El cuerpo no es más que un obstáculo que ha de ser superado.

Psicología platónica: estructura tripartita del alma

En numerosas ocasiones experimentamos cierto conflicto *interior*. Este conflicto no es corporal, luego debe producirse en el alma. Ejemplo de este conflicto es, por ejemplo, la lucha que experimentamos entre lo que sabemos que *debemos* hacer y lo que nos *apetece* hacer. No tiene sentido decir que el alma entra en contradicción consigo misma, porque nada puede contradecirse a sí mismo. Según Platón, el conflicto es el signo de la complejidad interna del alma. A partir de aquí, Platón argumenta que hay tres partes o funciones del alma que pueden entrar en conflicto si no se dirigen bien. Examinemos estas partes del alma por separado:

1. **Parte apetitiva:** Esta es la responsable de todos nuestros deseos en relación con la alimentación, la reproducción, etc.
2. **Parte irascible:** Es el origen de nuestras emociones. No es lo mismo el deseo que la emoción. En una situación de riesgo, por ejemplo, la parte apetitiva puede impulsarme a huir cobardemente para preservar mi vida, y es la parte irascible de mi alma la que me impulsa a enfrentarme a los peligros con dignidad.
3. **Parte racional:** Es la parte encargada del conocimiento racional.

Cada una de estas partes es insuficiente por sí misma. Una vida completamente feliz sólo es posible si el conjunto de estas partes anímicas se integra armoniosamente. Es decir, la felicidad consiste en que cada parte realice la función que le es propia, sin usurpar la de las demás. Si nos dejáramos llevar continuamente por la parte apetitiva, pronto enfermaríamos. Asimismo, si fuera la parte irascible la que dominara a las demás, no tardaríamos en

arriesgar temerariamente la vida. Estas partes, la apetitiva y la racional, son las que nos mueven, impulsándonos a hacer cosas, pero ellas mismas necesitan ser dirigidas por otra parte superior: la racional. La parte racional es la encargada de dirigir al resto hacia aquéllos fines que realmente convienen al conjunto.

Cada parte del alma tiene una virtud propia. El término virtud hace referencia a la función propia de algo. Cuando esta función se lleva a cabo del mejor modo posible, hablamos de virtud. El alma es virtuosa cuando cada una de sus partes realiza la función que le corresponde del mejor modo. Así, la virtud de la parte racional es la sabiduría y la prudencia, la de la parte irascible, la fortaleza y el valor, y la de la parte apetitiva la templanza. Obsérvese que la parte apetitiva sólo es *templada* cuando la razón limita sus deseos a aquéllos que convienen y cuando convienen. La parte irascible sólo es valerosa cuando es la razón la que limita sus emociones.

La parte racional del alma es la que debe gobernar a las demás. Si se produce esto, entonces hay una armonía interior, pues cada parte cumplirá con la función que le corresponde. Esta armonía interior es la condición de la felicidad y también de la justicia. En efecto, el hombre justo no será aquél que actúe llevado por deseos y pasiones irracionales, sino el que actúa bajo la dirección de la razón. Precisamente por eso será también feliz, pues es la razón y el conocimiento lo único que puede hacernos evitar todo lo que no nos conviene y nos hace daño.

Con esta teoría, Platón sigue la doctrina de su maestro Sócrates, que podemos llamar *intelectualismo moral*. Para Sócrates –y para Platón–, nadie hace el mal a sabiendas. La razón nunca nos dirige al mal, por lo que quien actúa mal, simplemente, no está siendo dirigido por la razón, sino que, ignorante, confunde sus deseos y emociones con el bien. Así, la condición para ser bueno es que la razón guíe nuestra acción según su conocimiento de la idea de bien.

La política de Platón. La justicia como armonía.

Al igual que se da un conflicto en el interior del alma, también existe el conflicto social. Lo cual nos indica, al igual que en el caso anterior, que la sociedad está compuesta de diversas partes que deben actuar en armonía. Como veremos, el análisis que hace Platón de la sociedad política es análogo al análisis del alma.

En principio, el individuo es incapaz de satisfacer sus necesidades por sí mismo, de manera que la vida en sociedad no es para el ser humano una decisión, sino una necesidad. Según el principio de división del trabajo, cada individuo tendrá que especializarse en una función.

Hay una serie de necesidades básicas que deben ser satisfechas sin demora, por lo que la sociedad tendrá que organizarse primeramente para satisfacerlas. Éstas necesidades serán el alimento, el vestido, el refugio, etc. Así, la primera función que se ha de llevar a cabo es la producción de todas estas cosas sin las cuales no es posible la vida. Los encargados de realizar esta tarea serán los *productores*.

Pero una sociedad de productores bien organizada, pronto será próspera y puede despertar la envidia de otras sociedades vecinas que querrán atacarla. Puede que, además, los productores entren en conflicto entre sí, pues en cuanto estén satisfechas las necesidades primarias, buscarán el propio enriquecimiento. Surge entonces una nueva necesidad en la

sociedad: la defensa. La ciudad necesita defenderse de otras ciudades y del conflicto en su interior, por lo que habrá una segunda clase social, a la que Platón llama *guardianes*. Estos guardianes serán más nobles que los meros productores, y deberán ser seleccionados según ciertas cualidades morales.

Los guardianes deben mantener el orden en la ciudad, pero necesitan de una guía superior pues ellos no conocen en qué consiste ese orden. No son prudentes intelectuales, sino valerosos guerreros. Si tienen que preservar lo que es bueno en la ciudad y defenderla de lo que es malo, hace falta que alguien, que conozca qué es el bien y el mal, les gobierne. Así surge una nueva necesidad en la ciudad: el gobierno. Y aquéllos encargados de llevar a cabo esta tarea serán los que estén en posesión del conocimiento de la idea de bien, pues sólo así podrán dirigir bien a las otras dos clases (productores y guardianes). Es el filósofo que, tras el arduo proceso de conocimiento ha alcanzado la idea de bien, el que tiene que dirigir a la ciudad, al igual que en el mito de la caverna, el prisionero liberado, debía volver a la oscuridad tras la contemplación del sol.

Platón diseña en *La República* toda una serie de medidas para evitar que los gobernantes gobiernen en su propio beneficio, lo que les convertiría en tiranos. Así, los filósofos-reyes, deberán vivir en comunidad, estándoles prohibida la propiedad privada, la familia, y todas aquéllas cosas que en un momento determinado puede hacernos poner nuestro propio bien sobre el bien de la comunidad. Pero lo que garantiza que estas personas gobernarán siempre según el bien común es que han de ser sabios. Los gobernantes han sido seleccionados entre los mejores y han sido educados con rigor para que en ellos gobierne el elemento racional, que les hará actuar siempre según la idea objetiva de bien.

Crítica a la teoría de las ideas de Platón.

El propio Platón nunca llegó a considerar *terminada* su propia teoría. Al contrario, en sus últimos diálogos se muestra especialmente crítico, señalando él mismo los problemas que debía resolver su teoría. Sin embargo fue su discípulo Aristóteles quien consideró que estos problemas eran demasiado graves y que la teoría no se podía sostener. Antes de estudiar la propuesta de Aristóteles, veamos algunas de estas críticas con detalle.

- 1. Platón no demuestra la existencia separada de las Ideas.** Según Aristóteles, en ningún momento se demuestra la necesidad de que las ideas existan separadas de las cosas. En efecto, del hecho de que todas las cosas bellas tengan algo en común, no se sigue que eso que tienen en común exista de forma separada.
- 2. El mundo de las ideas duplica innecesariamente el mundo sensible.** Si hay ideas de todas las cosas, incluso de 'uña' y de 'basura', entonces parece que el mundo inteligible no es sino una copia del mundo sensible. Pero duplicando el mundo sensible no se explica nada.
- 3. Las ideas no pueden ser la esencia de las cosas porque no están en las cosas.** Si las ideas están separadas de las cosas, ¿cómo pueden ser sus esencias?
- 4. Las ideas no pueden explicar el movimiento del mundo sensible.** Las ideas son la esencia de las cosas, responden a la pregunta ¿qué es? Pero las cosas están en movimiento y las ideas sólo dan cuenta de lo que las cosas son, pero no explican cómo se mueven. Tampoco las ideas pueden ser causa del movimiento.
- 5. El concepto de 'imitación' o 'participación' no explica la relación entre las ideas y las cosas.** La relación entre las ideas y las cosas es problemática, y Aristóteles critica a Platón porque los conceptos de 'imitación' o 'participación' son poéticos,

pero no resuelven el problema. ¿Cómo pueden entrar en relación el mundo sensible y el mundo inteligible?

6. **Las cosas no pueden provenir de las ideas.** Las ideas no pueden ser el origen de las cosas, así que, aunque postulemos el mundo de las ideas, el origen del mundo sensible queda sin explicar. Platón tiene que recurrir de nuevo al lenguaje mítico y hablar de un Demiurgo, que sería una especie de Dios-arquitecto que ordenaría la materia según el modelo de las ideas, al que tendría acceso.
7. **Argumento del 'tercer hombre'.** Si la semejanza entre dos hombres se explica porque participan ambos de la idea de hombre, la semejanza entre esos dos hombres la idea de hombre debe fundarse, a su vez, en su participación en una idea superior, y así *ad infinitum*.

Resumen corto de la metafísica de Platón

Influido por Heráclito, Platón acepta que el mundo sensible que percibimos por los sentidos está en continuo devenir y que en él no podemos encontrar ningún ser estable. Sin embargo, bajo la influencia de Parménides, Platón piensa que ese ser estable debe existir, pero que su naturaleza no es sensible, sino inteligible. Por ello Platón distinguirá entre un mundo sensible y un mundo inteligible. El mundo sensible será el mundo que percibimos a través de los sentidos y está en continuo movimiento. El mundo inteligible es el mundo que percibimos a través de la inteligencia, y tiene los rasgos del ser de Parménides, a saber, es inmóvil, inmutable, eterno, etc.

Aunque se trate de mundos distintos, están relacionados. Las cosas sensibles imitan o participan de las ideas inteligibles, que son sus modelos. Las cosas comparten una serie de rasgos que constituyen su esencia, y esta esencia es una entidad intelectual que existe separadamente y que Platón llama Ideas. Para conocer la esencia de las cosas, tenemos que ir más allá de lo que nos enseñan los sentidos e intuir la idea que les corresponde.

En el símil de la línea Platón relaciona cada una de las partes del mundo sensible con un tipo de conocimiento inferior, al que llama 'opinión' o 'doxa'. Este conocimiento no puede llamarse científico porque no versa sobre la verdadera realidad, que es el mundo de las ideas. El verdadero conocimiento sólo puede serlo de la verdadera realidad, y culmina con el conocimiento de la idea de bien.

Como se desprende del mito de la caverna, el proceso por el cual el individuo asciende hasta el conocimiento de la idea de bien, tiene un sentido político, ya que es el sabio quien debe gobernar la ciudad basándose en su conocimiento de las ideas.

Quien alcanza el conocimiento de las ideas, podrá gobernar la ciudad, pero también a sí mismo. En efecto, la parte racional del alma debe gobernar a la parte irascible y a la parte apetitiva, pues sólo así hay armonía entre ellas.

La justicia en la polis (ciudad) también tiene que ver con la armonía entre sus partes. Cada función deberá ser desarrollada por una 'clase social'. Así podemos distinguir tres clases sociales, que a su vez están relacionadas con los tres tipos de almas: los productores, entre los que predomina el alma apetitiva; los guardianes, entre los que predomina el alma irascible, y el filósofo-rey, en el que predomina la parte racional. Sólo si se encarga del gobierno aquél que conoce la idea de bien en sí, podrá la sociedad ser dirigida con justicia.